

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et  
justitiae partes tuendas suscepistis.....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet  
—Pío IX al Director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PARQUES DE SUSCRICIÓN.—En Madrid, 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 40 por trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 33 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Tailbout.—No se devuelve ningún manuscrito.

## CÓRTESES.

### SENADO.

Extracto de la sesión celebrada el día 19 de Junio de 1871.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR SANTA CRUZ.

Empezó la sesión a las tres y media, y se aprobó el acta en votación nominal por 76 votos.

El Sr. MENDEZ VIGO pidió la palabra sobre esta votación, y dijo que varios señores senadores, habiendo esperado hasta las tres y media a que se abriera la sesión, se habían retirado.

El señor PRESIDENTE dijo que el Sr. Mendez Vigo que oportunamente le concedería la palabra.

El Sr. ERASO preguntó al presidente los grandes motivos y las altas consideraciones que habían obligado al presidente a abrir la sesión a las tres y media.

El señor PRESIDENTE dijo que él estaba a la una y media en su despacho para abrir la sesión, pero que recibió aviso del Gobierno de que necesitaba asistir a la sesión y conforme a las prácticas de todos los Parlamentos del mundo ha esperado a que llegara el Gobierno para abrir la sesión.

El Sr. SILVELA pidió al Gobierno explicaciones sobre los gravísimos sucesos de anoche, y preguntó si se habían tomado algunas medidas para castigar a los delincuentes.

El señor duque de la TORRE dijo que el Gobierno había pedido que suspendiera su sesión el Senado para poder dar estas explicaciones. El Gobierno sabía lo que se agitaban los ánimos con motivo de una función a que todos los católicos, y el orador era uno de ellos, se asistían. Con este motivo hizo un gran elogio del Papa.

Refirió que desde por la mañana del día de ayer, las autoridades civiles y militares habían tomado sus precauciones y el ministro de la Gobernación había dado las órdenes oportunas para que no se alterara la tranquilidad.

El orador dijo que él había visto colgaduras en muchas casas que no eran de carlistas, ni moderados, ni republicanos, sino habitantes pacíficos ajenos a la política.

El general ZABALA dijo que su casa era una de ellas.

El señor presidente del CONSEJO dijo que al oscurecer se formó un grupo de criminales que recorrió varias calles, obligando a los vecinos a quitar las iluminaciones.

El Gobierno condena este acto criminalísimo, cometido por quienes no tienen noción de libertad ni acoso saben leer y escribir. De tal modo está atendida la oportunidad y la oportunidad de traer cuestiones de esta naturaleza a las Asambleas políticas, yo creo que aún cuando se traigan, no deben traerse como se traía esta.

Para traer aquella proposición, no se contó con ningún partido, no se contó con el Gobierno ni con nadie, y a la hora de enarbolarla, defendiéndola, permitiendo al Sr. Novadino que se lo diga, no era la persona más a propósito para hacerlo; y no porque faltar ilustración a S. S., que yo sé la reconozco, sino por la falta de experiencia, propia de la edad, y por ser el más apasionado políticamente hablando. Todas estas razones hacen que aquella proposición, tuviera un carácter que no debiera haberse dado a lo que en ella se pedía. Y todavía hay otro hecho en esta proposición que revela la tendencia de sus autores.

Referirse la primera parte solamente a felicitar al Sumo Pontífice por el 25.º aniversario de su reinado; y la segunda, a otra cosa que no tiene nada que ver con la felicitación.

Algunos señores diputados de la mayoría quisieron que se dividiera la proposición en dos partes para votar la primera, y la fracción de donde había salido se opuso a que eso se hiciera; es decir, no quiso que todos pudieran adherirse a la manifestación de respeto y de amor al Padre común de los fieles. Por consiguiente, si esto se considera como un precedente a la manifestación de ayer, no puede ser un precedente más desgraciado.

Empezó la manifestación por las colgaduras en los balcones, y yo sé que muchos colgaron creyendo que el carácter de la manifestación era puramente religioso, sintiendo después haberlo hecho, y queriendo de que en algunos partes había lemas que indicaban que la manifestación no era para el Papa, de lo cual protestaban, puesto que de este modo se le quería dar carácter político que no hubiera debido tener.

El pueblo de Madrid hizo una distinción entre la manifestación religiosa que se había ofrecido y la política que aparecía a sus ojos, y la hizo como debía hacerla, no colgando mucha parte del vecindario, y acudiendo un gentío inmenso a la Minerva que como todos los años salió de San Sebastián.

Llegó la noche, y a pesar de las disposiciones adoptadas por la autoridad, se cometieron atentados indignos de la cultura de este pueblo; se atacó el derecho de los que querían hacer una manifestación política; porque aun cuando no se había puesto en conocimiento de la autoridad que se fuera a hacer una manifestación religiosa, se debió dejar a los manifestantes en completa libertad mientras no se excedieran de sus derechos; y si se excedían, se debió acudir a los tribunales.

Varios grupos numerosos, faltando al derecho y a la dignidad de los demás, como a la suya propia, cometieron atentados que calificaron los tribunales, dando un espectáculo triste que es preciso que no se vuelva a repetir. Algunos agentes de la autoridad cumplieron con su deber disolviendo los grupos, valiéndose de la fuerza: otros más cobardes, o menos dispuestos a cumplir con su deber, no pudieron o no quisieron disolverlos, y algunos de ellos se dejaron arrollar por completo. De todos modos, como su deber era haber muerto en el cumplimiento de su obligación, están ya sometidos a una información veintitantas parejas de orden público y tres inspectores, y hay además cuarenta y tantas personas presas, de las cuales veintitantas están en poder de los tribunales, a los que entregará el Gobierno el resto, después que tome las primeras medidas.

El gobernador de la provincia, al ver que a pesar de sus disposiciones no se han evitado los excesos que anoche presencié Madrid, ha presentado su dimisión. El Gobierno está resuelto a castigar el atentado de anoche y hacer que se aplique a los culpables todo el rigor de las leyes. (Una voz: Ya lo veremos.) Ya lo veremos, porque no hay nadie más interesado que el Gobierno en ello; pero para conseguirlo es necesario también que los que en parte o en todo, directa o indirectamente, son causa de esos atentados, se moderen en su proceder. (El señor marqués de la Vega de Armijo: ¿Quiénes son? Los carlistas y algunos que no son carlistas; y yo siento que algunos compañeros nuestros, que no son carlistas, se hayan dado por aludidos con mis palabras; ellos sabrán por qué. (El señor marqués de la Vega de Armijo: Pido la palabra para una alusión personal, indigna del señor ministro de la Gobernación.)

Yo siento mucho que el señor marqués de la Vega de Armijo, persona a quien estimo y respeto, dejándose llevar de la pasión, que no otra cosa le puede mover a decir lo que ha dicho, haya pronunciado palabras que no son dignas ni de la compostura ni de la educación de S. S., cuando yo no le he hecho alusión alguna. Yo he dicho que no habiendo aludido a ninguna fracción más que a los carlistas y a otros que no son carlistas, S. S. sabría por qué se había exasperado. (El señor marqués de la Vega de Armijo: Como no somos carlistas, podía haber sido a nosotros.)

Es necesario, señores, que tratemos de averiguar por qué los pueblos pueden llegar a momentos de exaltación que dan lugar a sucesos como los de anoche, para procurar evitarlos, o por lo menos no producirlos, en bien y en honor de la nación española.

Yo estoy seguro de que si la manifestación se hubiera hecho por el Papa, exaltadamente, a pesar de que todavía no ha reconocido la situación que atravesamos y la legalidad por la cual estamos aquí reunidos, el pueblo de Madrid, recordando de toda cuestión política, le hubiera felicitado por el vigésimo quinto aniversario de su reinado.

Y, señores, no soy yo solo el que se lamenta de que se quiera hacer de la religión un instrumento político. Yo he sentido con gusto que el intermedio, al saber que se le quería dar una serenata, rogó a la autoridad que lo impidiera, y habiéndole contestado que no podía ser, dijo que tenía carácter de extranjero, que con su carácter de tal no se le podía hacer una manifestación sin su consentimiento, y que no le daba por el giro que había tomado la cuestión.

¿Era política, o era religiosa la manifestación de ayer? Lo dicen los órganos del partido que la dirige; de ese partido que quiere tanto al catolicismo y al Papa, que no consiente que haya más católicos que los carlistas. Es decir, que quiere en el delirio de su insensatez, que en España no haya más que ateos, o protestantes, o carlistas.

Old lo que decía ayer un órgano de ese partido. «Así como esta (la Virgen) Madre del Salvador de los hombres aplastó con sus purísimas plantas la cabeza de la infernal serpiente, así Pío IX aplastará también con el Syllabus la cabeza del liberalismo, verdadera serpiente del siglo XIX.»

«El primero fue San Pedro; el último el de hoy, Pío IX.»

Los anti-Papas han sido 12.

El primero fue Novadino; el último fue Amadeo, duque de Saboya.»

Que el Papa va a matar el liberalismo, y que conseguís con hacer creer esto? Yo sé que estableciendo una diferencia entre el liberalismo, que es la libertad nuestra, y la libertad vuestra, que es la que tiene por programa el Syllabus. Yo sé también que al llamar anti-Papa a D. Amadeo de Saboya, no os referís al rey de España, si no a uno de sus ascendientes; pero lo habeis dicho de tal manera, que todo el mundo puede creer que os referís al rey de España. (Risas.) Os vais pidiendo crees que eso debe ser la mayor parte del pueblo; pues no lo sabe; y quizá muchos de vosotros que ahora os reís, si no fuera por un artículo que ha escrito una persona muy ilustrada en La Ilustración, no lo sabríais tampoco.

Esto no solo ha sucedido en Madrid, sino en todas partes, como lo demuestra lo ocurrido en algunas ciudades de España, por ejemplo, en Cuenca, de donde he recibido el siguiente telegrama: «Acaban de participarme que esta mañana han aparecido algunos pasquines en que se decía: «Viva Pío IX rey; exterminio a los liberales hasta la quinta generación.» He dado orden para que se procure averiguar los autores.»

Así es como se preparaban también en Cuenca para la manifestación religiosa en favor del Papa. De Valencia me dicen: «Han sido arrancados de las esquinas de las calles más públicas de esta ciudad pasquines en los que el directorio católico, invocando el nombre de Pío IX y su hijo predilecto Carlos VII, incita a los valencianos a la lucha para destruir lo existente y encomiar a dicho Carlos, bajo la bandera de Dios, patria y ley, alentando con las pruebas inequívocas que tres días está dando el pueblo de amor al altar y al trono. Se instruyen diligencias.—Tranquilidad completa, sin recelo pueda ser alterada por nada ni por nadie.»

Y de San Sebastián: «Celebrado ayer en esta capital aniversario Pío IX sin novedad; en Tolosa con igual motivo hubo iluminación, y un grupo del voces de «viva Carlos VII y muera Amadeo I.» Presenció el alcalde y restableció el orden.»

Es decir, señores, que en Madrid, como en todas partes, se ha querido dar un carácter político a la manifestación, para hacer que los manifestantes estuvieran afiliados a cierto partido político. Y como además el partido a que me refiero está diciendo todos los días que su misión es desacreditar el sistema representativo, la libertad y los derechos individuales, los partidos liberales se excitan y se duelen de que un partido que nada de eso habría de respetar si llegara al poder, se aproveche de las garantías de la Constitución para desacreditar el sistema que nos rige. Y no digo que por eso no haya de usar ese partido de los derechos que tienen todos los españoles; pero digo que naturalmente eso exaspera a las personas que han sufrido persecuciones cuando han estado en el poder, y que creen que las pueden sufrir mañana.

Y hay que tener en cuenta, lamentando como yo lamento los sucesos de anoche, y estando dispuesto a que no vuelvan a repetirse, que estamos atravesando una época difícil de aprendizaje político, y que hemos visto pueblos que pasan por civilizaciones y por ilustrados, en los cuales los partidos quedan completamente supeditados a los vencedores hasta que aquellos se resignan y ceden, de lo cual todavía tenemos un ejemplo en los Estados Unidos, donde hay un partido que tiene puesto el pie sobre el cuello del otro.

Aquí se han puesto en lucha dos ideas: la idea liberal y la idea carlista. El partido carlista ha sido vencido en el terreno de la fuerza en la guerra civil y en las muchas insurrecciones que después ha habido, y por fin ha venido aquí una lucha legal, y ha sido vencido también en el terreno de la ley: ese partido, sin embargo, está hoy tan osado, tan envanecido, tan incorregible como si no lo hubiera ocurrido nada, y sigue combatiendo todo lo existente, sin agradecer siquiera al Gobierno que haya tenido en él la gran generosidad de hacerle entrar en la legalidad existente, cuando él no acepta esa legalidad. No se puede llevar más allá la generosidad.

Y cuando esto ve el partido liberal, y cuando piensa en que ha derramado su sangre para vencer esa causa y en que ha conseguido vencerla cien veces, y cuando cree que puede tener que hacer otra vez grandes sacrificios por las ideas liberales, que hay razón bastante para que se exalte al ver que los hombres de ese partido apelen a la religión para conseguir sus fines, y quieran ellos solos pasar por católicos?

Conveniamos, señores, en que hay motivo para que el partido liberal pueda estar exasperado.

Yo condeno más que nadie a los que abusan de su derecho impidiendo que los demás ejerzan el suyo, porque no debe nadie tomarse por su mano la justicia, no disuolvo los hechos de anoche, ni los ateos, pero digo cómo pueda haberse dado origen a ellos.

No tienen disculpa los sucesos que ayer ocurrieron, cuyo castigo compete a los tribunales de justicia. Para que este pueblo se haga digno de la libertad, es preciso que respete la libertad de todos. El Gobierno está dispuesto a hacer que caiga el castigo de la ley sobre los que promovieron las escenas de anoche, porque esta dispuesto a hacer que la ley impere sobre todos, absolutamente sobre todos, lo mismo sobre sus enemigos que sobre los que se llaman sus amigos.

Pero sepan al mismo tiempo todos que no hay más modo para afianzar la libertad, que la modelación en el uso de los derechos y la tolerancia con los demás.

De lo contrario no es posible la libertad, ni el orden, ni la tranquilidad, ni nada. Yo ruego, pues, a los adversarios del Gobierno que se coloquen dentro de la legalidad y que no abusen de sus derechos; y a los que se llaman sus amigos, les ruego también que respeten los derechos de todos los ciudadanos. De otro modo, caerá el rigor de la ley sobre todos los que se manifiestan enemigos, y los que se dicen amigos sin serlo; porque el que no cumple la ley es enemigo del Gobierno, en el momento en que es enemigo de la verdadera libertad.

El Sr. ROJO ARIAS: Señores diputados: estoy en desacuerdo con el señor ministro de la Gobernación, y lo siento en el alma. Siento conforme con S. S. en proclamar los principios de gobierno que acaba de proclamar, no lo estoy ni en la importancia dada a los sucesos de anoche, ni en el origen que S. S. ha creído que han podido tener.

Yo, que por razón del puesto que ayer serví y que aun desempeño, conozco detalles de que S. S. acaso no tenga noticia, o que haya creído que no debía exponerlos aquí, demostraré a S. S., al Congreso y al país, que los sucesos de anoche no han sido provocados por el partido liberal español. Y al asentar esta conclusión, no se atribuyan mis palabras a sutilezas del entendimiento, sino a hechos materiales privados, que he tenido cuidado de recoger.

No he de hacer la historia de lo acontecido aquí hace pocos días: los señores diputados de la mayoría y muchos de la minoría recuerdan aquel hecho con pena; pero aquel hecho me sirve a mí de eslabón en la cadena política, para declarar que los sucesos de anoche ni me han sorprendido, ni han tenido la trascendencia que sus inspiradores desearan que tuvieran, porque estaba previsto contra ellos.

Prescindiendo, pues, de apreciar lo que pasó aquí hace pocos días, por las que me sobran razones para demostrar que aquel suceso se había traído aquí para preparar lo que había de venir después. Que la fiesta religiosa de ayer era un ardid de partido que yo no califico, no lo digo yo; lo ha indicado el señor ministro de la Gobernación al manifestar que esta era la opinión del representante del Pontífice. Señores, el sábado por la tarde, teniendo conocimiento de que se iba a dar una serenata al Nuncio de Su Santidad, de lo cual no me había dado aviso, y deseando que la serenata se verificara, mandé un delegado mío a que se vistiese con el Nuncio para preguntarle a qué hora iba a tener lugar. La contestación del intermedio fue decirme que me rogara que interpusiera mi autoridad para impedir que se realizara la serenata y añadió que había ido al Senado a hablar sobre esto con una persona influyente del partido carlista.

Yo me encontraba con alguna dificultad para impedir ese acto; pero creía que alguna diferencia existía entre un súbdito español y el Nuncio de Su Santidad, el cual rechazaba esa manifestación, porque según él, venía de personas a quienes consideraba causa única del desaire que el Congreso español había hecho a Su Santidad.

La serenata no tuvo lugar. Los mismos diputados carlistas que están en el Congreso tenían expensas, y en algo se fundarían para ello: sin duda debían fundarse en su conducta anterior.

Voy ahora a contestar a un cargo que me ha hecho el señor marqués de Sardoal al preguntar dónde estaban las autoridades.

El gobierno estuvo en todas las calles y disolvió por sí mismo tres grupos. Sin duda S. S. no anduvo por las calles, cuando yo vi al gobernador.

El sistema de las turbas era apagar las luces, arrojarse piedras a los faroles que no se hubieran apagado, y esto no en todas las casas, porque a media noche había muchas iluminadas, según pudieron ver los que por Madrid transitaban. Además se daban citas para ciertos puntos y no iban en grupos. Pero hay algo más grave y de más significación que esto.

Entre las personas aprehendidas en el distrito de la Universidad, se cogió a un niño llamado Rafael Siguencia, de 15 años de edad, el cual declaró que un señor con gabán y un revolver en la mano le había dado a él y a otros quince o veinte, medio duro a cada uno para que apedreasen las casas a los gritos de «viva el gobernador y muera los carlistas!»

Estos detalles significan mucho, y ese niño, que empezó por decir que no conocía a la persona que le había dado el dinero, dijo después su nombre, no su apellido, y las señas de su casa, y resultó que era agente carlista y pariente de un gran dignatario de la Iglesia.

Se dice por aquí que esto es revelar el sumario, y no hay tal cosa. Yo, al encontrarme con un delincuente, le he debido detener e interrogarle para investigar las causas de su culpabilidad; y como esto no lo hacía en mi despacho, sino en la calle, no es un secreto para muchísimas personas, y me extraña que se nos haga un cargo por revelar lo que anoche sucedió, cuando lo que se quiere aquí es que la Cámara se entere de todo.

Por lo demás, señores, yo tomé, a satisfacción de los directores de la fiesta, toda clase de precauciones para garantía de los que verificaron la manifestación: yo he vigilado constantemente: he observado el celo de los funcionarios que están a mis órdenes: vi que algunos habían demostrado poca actividad, y en seguida los mandé suspender: mandé formar expediente a las parejas de orden público que nada habían hecho, diciendo que tenían que luchar con fuerzas superiores, y detuve a 39 personas.

Tienen noticias los señores diputados de que alguien fuera objeto de ningún ataque personal? Pues esto demuestra que la cuestión no la había promovido ningún partido. Yo no creo, y en esto difiero de la opinión del señor ministro de la Gobernación, que la libertad corra peligro ni por la intemperancia de unos ni por la tolerancia de otros.

Voy a concluir con una observación que me es personal. Mi conciencia está satisfecha respecto a mi conducta como funcionario; pero yo que no he ido al gobierno para dar gusto a nadie; yo que estoy resuelto a no permanecer en un puesto oficial contra la voluntad de nadie, y que por otra parte puedo creer que a pesar de mi buena voluntad he podido cometer alguna omisión que haya dado lugar a los sucesos de anoche, creo que no sería digno de mí continuar en aquel puesto, y por eso he presentado mi dimisión a los pies del Trono. Me retiraré a mi casa, contento de haber servido a esta situación, para continuarla sirviendo y para poder con más decisión que la que pudiera emplear como autoridad, combatir al partido carlista y a todos los adversarios de la situación actual. He dicho.

El señor PRESIDENTE: Se va a dar cuenta de algunas proposiciones que se han presentado sobre la mesa.

El señor marqués de la VEGA DE ARMILLO: Señor presidente, he pedido la palabra para una alusión personal.

El señor PRESIDENTE: No puedo considerar como personal a V. S. una alusión que comprende a unos cuantos millones de españoles que no son carlistas: en la discusión de alguna de las proposiciones que se van a leer podrá V. S. hacer uso de la palabra.

Se leyó la siguiente proposición: «Podemos al Congreso se sirva declarar que ha visto con profunda indignación los atentados cometidos en la noche de ayer, con manifiesta violación de la Constitución vigente y de los principios y reglas en que descansa toda sociedad civilizada.»

Palacio del Congreso, 19 de Junio de 1871.—Antonio Cánovas del Castillo.—Francisco Barca.—S. Alvarez Bugallal.—Antonio María Fabié.—Eduardo y.—Manuel Quiroga.—El conde de Torenó.»

En su apoyo dijo

El Sr. CANOVAS DEL CASTILLO: Me levanto a usar de la palabra poseído de un profundo dolor. Ya al venir con la intención de discutir los acontecimientos de anoche, venía acompañado de una justa indignación, y aún no sé si más que de indignación, de vergüenza.

Pero todavía esperaba que las manifestaciones del Gobierno me descargaran de una gran parte de mi tarea; y el discurso del señor ministro de la Gobernación no ha podido menos de causarme, por eso mismo, grave dolor. Yo debía esperar que el Sr. Sagasta, ministro a quien respeto; antiguo adversario mío a quien he visto aquí defender las ideas de orden que son el fundamento de toda sociedad civilizada, no daría hoy una prueba más de esa buena tendencia, estigmatizando, condenando paladinamente los crímenes cometidos en la noche de ayer, en vez de intentar atenuarlos. (Rumores.)

Pues qué, ¿no se ha intentado dar explicaciones análogas, así de los crímenes del terror como de los hechos siniestros de la Commune, como de todas las grandes iniquidades humanas? Y ¿no ha tenido esta bastante culpa en que se reproduzcan sucesos semejantes?

Por eso, señores, me ha maravillado en el ministro de la Gobernación igualmente, la modestia con que S. S. ha llamado sus amigos políticos, aunque amigos extraviados, a los autores del atentado de anoche. (Rumores.) ¿No? Después de hablar de los abusos del partido carlista, ¿no ha dicho también el señor ministro de la Gobernación que trataría de castigar lo mismo a los amigos que a los enemigos? ¿No es esto reconocer que los autores de los sucesos de anoche podían ser amigos de S. S.?

Yo los he visto, Sr. Sagasta; y debo decir lealmente que aquella turba vil ni se componía de amigos de S. S., ni de liberales; aunque por su traza, bien podían ser instrumento de alguna liberalidad.

No pertenecían a partido alguno, aunque eran indudablemente instrumento político. ¿Mas podían ser de quien ha afirmado el Sr. Rojo Arias? ¿Es justo que bajo el testimonio de un niño de 15 años se acusen a las víctimas de haber atacado sus propios derechos y los derechos de las clases más respetables de Madrid? No: el señor ministro se ha equivocado al suponer que aquellos hombres podían ser liberales; se ha equivocado argumentando cuando ha atribuido a la influencia extraviada y funesta de algunos hombres del partido liberal el haber lanzado sobre el pueblo católico de Madrid esa horda de inmundicia canalla.

¿Qué se proponía, por otra parte, el señor ministro al suponer que la demostración de ayer era una demostración de carácter político? Si S. S. hubiera logrado demostrar esto, ¿qué triste, qué horrible confesión para todo el partido liberal? ¿O había en escena de ayer una manifestación política o no; si la había, tendríamos que confesar que el partido carlista (y esto es horrible para vosotros) está en Madrid en una imponente mayoría; y si no la había, si la intención política estaba solo en una parte mínima de los manifestantes, no ha podido, no ha debido decir el señor ministro por eso solo que fuese aquella demostración política.

«Era, pues, la de ayer una manifestación religiosa? Pues entonces, si era esto, como ahora parece que reconocen.... (Muchos señores diputados: No.) Alguna cosa de los dos habeis de reconocer forzadamente. Si era, repito, una manifestación religiosa, tan solo por el hecho de entrar en ella el partido carlista, como todos los partidos e individuos católicos, ¿merecería pasar por una manifestación política?

Por lo mismo que solo debía ser una manifestación religiosa; y si hubiera habido un partido que hubiera querido atribuirse su representación exclusiva, semejante intento habría resultado vano, porque todos los demás ciudadanos tomaron el partido que debían tomar, y lo que se asoció a la manifestación, quitándole toda importancia especial, y todo exclusivo carácter. Eso es lo que todo el mundo vio en el día de ayer, menos el Gobierno. El pueblo de Madrid lo comprendió bien, y por eso se apresuró a engalanar sus balcones y ventanas, quitando con esta unanimidad toda idea política a una manifestación que debía ser puramente religiosa.

Pues si esto se hizo por todos, con la sola y triste excepción de los edificios oficiales y del Gobierno, ¿por qué hoy se busca explicación al atentado en la conducta de ningún partido político determinado? ¿qué culpa tendríamos los demás en todo caso, de que hubiese habido quien quisiera desnaturalizar el pensamiento, y por qué ha de haber sido avasallado todo Madrid en esa noche de vergüenza?

¡Ah! yo deploro, señores de la mayoría, veros envueltos por interés político en una cuestión que está más alta que todos los partidos. Lo que el Gobierno ha debido sostener aquí hoy es que ni directa ni indirectamente han tenido responsabilidad en los atentados de anoche otras personas que las miserables que los cometieron, y las autoridades de Madrid que no tomaron las precauciones que debieron para evitarlos primero, para reprimirlos después. Su deber era aislar el crimen y considerarlo y contenerlo en sí propio, sin buscar explicaciones inexactas, ni menos lastimosas atenuaciones.

Yo siento mucho que el señor marqués de la Vega de Armijo, persona a quien estimo y respeto, dejándose llevar de la pasión, que no otra cosa le puede mover a decir lo que ha dicho, haya pronunciado palabras que no son dignas ni de la compostura ni de la educación de S. S., cuando yo no le he hecho alusión alguna. Yo he dicho que no habiendo aludido a ninguna fracción más que a los carlistas y a otros que no son carlistas, S. S. sabría por qué se había exasperado. (El señor marqués de la Vega de Armijo: Como no somos carlistas, podía haber sido a nosotros.)

Es necesario, señores, que tratemos de averiguar por qué los pueblos pueden llegar a momentos de exaltación que dan lugar a sucesos como los de anoche, para procurar evitarlos, o por lo menos no producirlos, en bien y en honor de la nación española.

Yo estoy seguro de que si la manifestación se hubiera hecho por el Papa, exaltadamente, a pesar de que todavía no ha reconocido la situación que atravesamos y la legalidad por la cual estamos aquí reunidos, el pueblo de Madrid, recordando de toda cuestión política, le hubiera felicitado por el vigésimo quinto aniversario de su reinado.

Y, señores, no soy yo solo el que se lamenta de que se quiera hacer de la religión un instrumento político. Yo he sentido con gusto que el intermedio, al saber que se le quería dar una serenata, rogó a la autoridad que lo impidiera, y habiéndole contestado que no podía ser, dijo que tenía carácter de extranjero, que con su carácter de tal no se le podía hacer una manifestación sin su consentimiento, y que no le daba por el giro que había tomado la cuestión.

¿Era política, o era religiosa la manifestación de ayer? Lo dicen los órganos del partido que la dirige; de ese partido que quiere tanto al catolicismo y al Papa, que no consiente que haya más católicos que los carlistas. Es decir, que quiere en el delirio de su insensatez, que en España no haya más que ateos, o protestantes, o carlistas.

Old lo que decía ayer un órgano de ese partido. «Así como esta (la Virgen) Madre del Salvador de los hombres aplastó con sus purísimas plantas la cabeza de la infernal serpiente, así Pío IX aplastará también con el Syllabus la cabeza del liberalismo, verdadera serpiente del siglo XIX.»

«El primero fue San Pedro; el último el de hoy, Pío IX.»

Los anti-Papas han sido 12.

El primero fue Novadino; el último fue Amadeo, duque de Saboya.»

Que el Papa va a matar el liberalismo, y que conseguís con hacer creer esto? Yo sé que estableciendo una diferencia entre el liberalismo, que es la libertad nuestra, y la libertad vuestra, que es la que tiene por programa el Syllabus. Yo sé también que al llamar anti-Papa a D. Amadeo de Saboya, no os referís al rey de España, si no a uno de sus ascendientes; pero lo habeis dicho de tal manera, que todo el mundo puede creer que os referís al rey de España. (Risas.) Os vais pidiendo crees que eso debe ser la mayor parte del pueblo; pues no lo sabe; y quizá muchos de vosotros que ahora os reís, si no fuera por un artículo que ha escrito una persona muy ilustrada en La Ilustración, no lo sabríais tampoco.

Esto no solo ha sucedido en Madrid, sino en todas partes, como lo demuestra lo ocurrido en algunas ciudades de España, por ejemplo, en Cuenca, de donde he recibido el siguiente telegrama: «Acaban de participarme que esta mañana han aparecido algunos pasquines en que se decía: «Viva Pío IX rey; exterminio a los liberales hasta la quinta generación.» He dado orden para que se procure averiguar los autores.»

Así es como se preparaban también en Cuenca para la manifestación religiosa en favor del Papa. De Valencia me dicen: «Han sido arrancados de las esquinas de las calles más públicas de esta ciudad pasquines en los que el directorio católico, invocando el nombre de Pío IX y su hijo predilecto Carlos VII, incita a los valencianos a la lucha para destruir lo existente y encomiar a dicho Carlos, bajo la bandera de Dios, patria y ley, alentando con las pruebas inequívocas que tres días está dando el pueblo de amor al altar y al trono. Se instruyen diligencias.—Tranquilidad completa, sin recelo pueda ser alterada por nada ni por nadie.»

Y de San Sebastián: «Celebrado ayer en esta capital aniversario Pío IX sin novedad; en Tolosa con igual motivo hubo iluminación, y un grupo del voces de «viva Carlos VII y muera Amadeo I.» Presenció el alcalde y restableció el orden.»

Es decir, señores, que en Madrid, como en todas partes, se ha querido dar un carácter político a la manifestación, para hacer que los manifestantes estuvieran afiliados a cierto partido político. Y como además el partido a que me refiero está diciendo todos los días que su misión es desacreditar el sistema representativo, la libertad y los derechos individuales, los partidos liberales se excitan y se duelen de que un partido que nada de eso habría de respetar si llegara al poder, se aproveche de las garantías de la Constitución para desacreditar el sistema que nos rige. Y no digo que por eso no haya de usar ese partido de los derechos que tienen todos los españoles; pero digo que naturalmente eso exaspera a las personas que han sufrido persecuciones cuando han estado en el poder, y que creen que las pueden sufrir mañana.

Y hay que tener en cuenta, lamentando como yo lamento los sucesos de anoche, y estando dispuesto a que no vuelvan a repetirse, que estamos atravesando una época difícil de aprendizaje político, y que hemos visto pueblos que pasan por civilizaciones y por ilustrados, en los cuales los partidos quedan completamente supeditados a los vencedores hasta que aquellos se resignan y ceden, de lo cual todavía tenemos un ejemplo en los Estados Unidos, donde hay un partido que tiene puesto el pie sobre el cuello del otro.

Aquí se han puesto en lucha dos ideas: la idea liberal y la idea carlista. El partido carlista ha sido vencido en el terreno de la fuerza en la guerra civil y en las muchas insurrecciones que después ha habido, y por fin ha venido aquí una lucha legal, y ha sido vencido también en el terreno de la ley: ese partido, sin embargo, está hoy tan osado, tan envanecido, tan incorregible como si no lo hubiera ocurrido nada, y sigue combatiendo todo lo existente, sin agradecer siquiera al Gobierno que haya tenido en él la gran generosidad de hacerle entrar en la legalidad existente, cuando él no acepta esa legalidad. No se puede llevar más allá la generosidad.

Y cuando esto ve el partido liberal, y cuando piensa en que ha derramado su sangre para vencer esa causa y en que ha conseguido vencerla cien veces, y cuando cree que puede tener que hacer otra vez grandes sacrificios por las ideas liberales, que hay razón bastante para que se exalte al ver que los hombres de ese partido apelen a la religión para conseguir sus fines, y quieran ellos solos pasar por católicos?

Conveniamos, señores, en que hay motivo para que el partido liberal pueda estar exasperado.

Yo condeno más que nadie a los que abusan de su derecho impidiendo que los demás ejerzan el suyo, porque no debe nadie tomarse por su mano la justicia, no disuolvo los hechos de anoche, ni los ateos, pero digo cómo pueda haberse dado origen a ellos.

No tienen disculpa los sucesos que ayer ocurrieron, cuyo castigo compete a los tribunales de justicia. Para que este pueblo se haga digno de la libertad, es preciso que respete la libertad de todos. El Gobierno está dispuesto a hacer que caiga el castigo de la ley sobre los que promovieron las escenas de anoche, porque esta dispuesto a hacer que la ley impere sobre todos, absolutamente sobre todos, lo mismo sobre sus enemigos que sobre los que se llaman sus amigos.

Pero sepan al mismo tiempo todos que no hay más modo para afianzar la libertad, que la modelación en el uso de los derechos y la tolerancia con los demás.

De lo contrario no es posible la libertad, ni el orden, ni la tranquilidad, ni nada. Yo ruego, pues







El Sr. FIGUERAS: El Sr. Sagasta, contra su costumbre y contra su temperamento, ni nos ha evocado un fantasma sangriento, ni nos ha presentado como enemigos de la propiedad y de la familia.

Contestando á la alusión que nos ha dirigido su señoría, le diré que nosotros no negamos que se cometan crímenes en los pueblos libres: lo que decimos es que en esos pueblos no ha habido un ministro que haya pedido el apoyo de los partidos conservadores cuando la opinión pública le ha sido contraria, extinguiendo á los partidos avanzados, en los que se ha vuelto á apoyar cuando ha peligrado su existencia.

Esta inconsecuencia es la que castiga ahora la Providencia, viéndose llamado el Sr. Sagasta demagogo por el Sr. Cánovas del Castillo.

La debilidad ha consistido en ser S. S. el principal arquitecto de este edificio.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Señores diputados: naturalmente estaba lejos de mi ánimo tomar la palabra; pero la excitación del señor Ríos Rosas me obliga á ello. Aquí yo no se trata de rendir el tributo de respeto al Padre común de los fieles; aquí se trata de derribar y de acabar con el ministerio (Interrupciones).

Se trata de acabar con el ministerio, y eso es natural, y no lo extrañamos; al contrario, queremos que venga la cuestión; pero como el Sr. Ríos Rosas decía que ya está viejo, en cuya desgracia yo le acompaño, y que siente hacer la oposición, y yo siento que S. S. la haga; y como añado que esta cuestión es más alta que el Gobierno; y como no es exacto que si esa nos llevara á donde dice su señoría, pudiera el Gobierno conservarse ni un minuto en este sitio; y como el Gobierno, se ha de caer, quiere sobre todo, como los gladiadores romanos, buscar una actitud noble; el Gobierno se rebajaría, por más que S. S. crea lo contrario, si no dijera que no quiere ciertos votos, que no ruega, que no suplica, que no pretende conservarse á toda costa en este puesto; pero que quiere cumplir con su deber, que ruega á la Cámara que vote lo que tenga por conveniente; pero que el Gobierno considera ya esta cuestión como cuestión de Gabinete.

El Sr. RÍOS ROSAS: Como yo deseaba que el Gobierno fuera franco y declarara si hacía ó no la cuestión de Gabinete, doy gracias al señor presidente del Consejo de ministros por haber hecho esa declaración. Ni los carlistas ni los conservadores hemos construido esta cuestión: quien la ha construido ha sido el mito que ha construido también todas las cuestiones de esta índole que hemos lamentado aquí.

Por lo demás, no trato de matar al Gobierno: no tengo tanta confianza en la salud del Gabinete, que me vaya á devanar los sesos en buscar ocasión de matarlo.

El señor PRESIDENTE: El Congreso ha acordado prorogar la sesión, y conviene que se sepa que hay tres proposiciones, á pasar de haber retirado la suya el Sr. Esteban Collantes. Como acaso no haya mayoría en el Congreso después de votada esta proposición, voy á proponer á los señores diputados si se suspenderá la sesión por una hora.

Hecha la pregunta por el señor secretario Ferragut, el acuerdo del Congreso fué afirmativo. Leída nuevamente la proposición, fué desechada en votación nominal por 147 señores diputados contra 108.

El señor PRESIDENTE: Se suspende la sesión, que continuará á las diez y cuarto.

Erán las nueve y cuarto.

Continuando la sesión á las diez y media, se leyó la siguiente proposición del señor marqués de la Vega de Armijo y otros.

Pedimos al Congreso se sirva declarar que ha sabido con indignación los sucesos que han tenido lugar en la noche del 18 de Junio en Madrid, por turbar desenfrenadamente, hollando los derechos que la Constitución garantiza, sin que la autoridad, que había prometido reprimir en el acto y con mano fuerte cualquier exceso, por estar para ello preparada, haya cumplido su misión para que no queden impunemente semejantes escándalos.

El señor marqués de la VEGA DE ARMILLO: Señores: la cuestión está agitada en la discusión y votada. Está formada la opinión sobre los sucesos que ayer asediaron á Madrid, y yo hubiera retirado mi proposición si el señor presidente me hubiera permitido esta tarde contestar á la alusión personal de que he sido objeto. Porque qué he de decir después de los discursos que aquí se han pronunciado? Sin embargo, yo he sido apostrofado como suelto suelto siempre que habla el señor ministro de la Gobernación, y tengo necesidad de explicar por qué he perdido la palabra para una alusión.

Admirábame yo al ver la facilidad con que el señor ministro de la Gobernación había reducido lo sucedido anoche á un hecho insignificante, limitándolo á una simple rotura de faros y cristales, cuando S. S. dijo que tenía motivos para saber que estaban enterados de quienes eran los autores de los excesos de anoche las oposiciones, no solamente la carlista, sino otras, y lo decía dirigiéndose á mí, y entonces dijo S. S. que si alguien se daba por aludido, motivos tendría para ello.

La alusión se ve que era grave; y aunque su señoría después hizo varias preguntas diciéndome si era carlista, cosa que ya sabía S. S., yo tenía necesidad de hablar.

Nosotros venimos siendo constante objeto de las alusiones del Gobierno y de los ataques de la prensa; alusiones que hubiéramos contestado ya, si no esperase la ocasión oportuna, que es la discusión del mensaje, discusión que por primera vez se ha suspendido, para dar lugar á las de otras leyes.

Si eso se hubiera discutido, no tendría necesidad el señor ministro de la Gobernación de preguntarnos cuál es nuestra actitud política.

Nosotros venimos votando con el Gobierno en las cuestiones de gobierno, y venimos en las de principios salvando los nuestros y no dejando pasar ciertas especias sin el oportuno correctivo.

Y no solo venimos siendo objeto de esos ataques, sino que somos considerados como jefes de no sé qué maquinaciones proyectadas. Yo debo decir que nosotros venimos, no á hacer esa oposición sistemática, sino á indicarnos lealmente el camino que debéis seguir, con sujeción á los principios encerrados en la Constitución como sea rige.

Pues bien; si esto es lo que sucede en todas las cuestiones, y en vez de suscitar obstáculos procuramos separarlos, ¿por qué se dice lo que queremos es ir al caos?

Tiene el Gobierno acaso derecho para esperar de nosotros otra cosa que la oposición radical que le hacemos?

La verdad es que después de los elocuentísimos discursos pronunciados esta tarde, demostrando lo que ayer pasó en Madrid, el señor ministro de la Gobernación ha dicho que todo se redujo á unos cuantos faros y cristales rotos.

¿Y es esto verdad? En manera alguna. Lo que ha sucedido es que los agentes de la autoridad formaban grupos con los mismos que rompían los cristales, precisamente de las casas que están enfrente de los ministerios, mientras que estas no eran objeto de agresión de ningún género. Esto, señores, era una coincidencia singular, y esto tuvo lugar desde las primeras horas de la noche.

Yo conozco á los que dirigían las turbas, entre las cuales iban miserables que jamás han podido pertenecer á ningún partido; yo he tenido ocasión de conocerlos en otra época, y se que eran forajidos pagados por alguien. Y ¡cosa extraña! aquellos miserables que huían de cualquier arma con que les amenazó algún ciudadano, no huían delante de los agentes de la autoridad.

Solo con un Gobierno que ninguna fuerza tiene, y con agentes de la autoridad como los que hoy, se explica que veamos encerrados como criminales, hombres que á los pocos días son puestos en libertad, convencidos de su completa inocencia. ¿Qué puede esperar el pueblo de un Gobierno á quien todo se oculta en materia de crímenes, y que tiene

unos agentes que en vez de cumplir su deber dicen: nosotros nada tenemos que ver con eso?

Y al pedir nosotros que los desueros de anoche fueran reprimidos, no queremos ensangrentar las calles, como se dice, porque no había necesidad de eso para contener unas cuantas turbas de miserables que en donde han encontrado hombres de corazon se han apartado de su camino. ¿No habían de bastar para contenerlos los agentes de la autoridad que hay en Madrid? Hubieran bastado menos; pero aquí ha sucedido una cosa análoga á lo que sucedió en una célebre noche de infamada memoria. También entonces fué víctima del Gobierno el gobernador de Madrid. Pero aquel Gobierno siguió al poco tiempo la suerte del gobernador.

Cuando una autoridad como la de Madrid dice que está preparado, debe creerse, como yo creí después de leer el bando del gobernador, que los hombres honrados y pacíficos podrían estar tranquilos.

Y sin embargo, las cosas estaban dispuestas de tal modo, que las cosas que fueron atacadas debían estar designadas de antemano. Corra del Congreso hay un militar religioso que dijo á las turbas: ¡mis lúes no se apagan! y al oír esto le apedregaron la casa.

Es sencillo, señores, muy sencillo que ciertas cosas de gravedad casen en el Gobierno desden. Solo puedo explicarme esta situación, por la falta de condiciones de gobierno que tienen los ministros que se sientan en ese banco. Madrid ha visto, á consecuencia de la discusión de esta tarde, en los que están aquí la contrapartida, en los que están allí á los porristas.

¿Eran romper vidrios y faroles lo que hacían las turbas que á la puerta de San Martín querían prender fuego á la iglesia? No sé si se arrebatarán ciertos señores diputados de la idea que tuvieron cuando votaron como cuestión de Gabinete la miserable cuestión de anoche; pero sé que si los hombres educados en la conspiración pueden carecer de condiciones de gobierno, los hombres conservadores por salvar á un ministerio no deben hacer nunca lo que hemos visto.

Que en los pueblos liberales ha habido motines y se han roto cristales. También se han roto en los pueblos conservadores; pero lo que no ha dicho el señor ministro de la Gobernación es que esos delitos en esos pueblos hayan quedado impunes. S. S. no ha probado tampoco que esos atentados fueran de la índole de los que han ocurrido aquí. Además, allí los agentes de la autoridad cumplieron con su deber, y aquí iban mezclados con las turbas. Los que hemos visto jueces que allanan la morada de los ciudadanos, y á los cuales se les da en premio un ascenso, no podemos esperar que se castigue, aunque se hallen sometidos á los tribunales, á los agentes de orden público á quienes se está formando expediente por no haber sabido morir en su puesto, como nos decía el señor ministro de la Gobernación.

Nosotros, hombres de gobierno, hemos pasado por ese banco y discutimos tranquilamente diciéndoles que una ley que era más liberal que la situación á que ahora tenéis sometida la prensa, iba á mejorar vuestras conductas. Entonces nos atacabais diciendo que queríais mejorar la situación de la prensa, y ahora en medio de la libertad dejáis suelto un resorte por medio del cual se maltrata á los redactores y se echan por tierra las formas de los periódicos.

Mil veces habeis dicho que la prensa tiene su correctivo en la prensa. Yo he sido atacado por ella un día y otro día, y he callado, devorando en silencio esos ataques.

El señor VICEPRESIDENTE (Herrera): Creo que no se discute la prensa, señor marqués.

El señor marqués de la VEGA DE ARMILLO: Tiene razón S. S.; pero lo que yo digo es que mientras el Gobierno no se comprometa á castigar á esos miserables, no habrá tranquilidad en este país.

Señores, me era muy doloroso oír al señor ministro de la Gobernación decir que esos acontecimientos suceden en todos los países. Ese achaque es condición ineludible de todos los Gobiernos débiles, que son Gobiernos que no pueden resistir á esta clase de sistemas. O se gobierna con la opinión, ó no; y para gobernar con la opinión, es necesario no acorarse al banco azul cuando no se tiene derecho á estar en él.

Levántese una bandera; gobiernese con los principios en ella escritos; pero no se eche la culpa un día á los federales y otro á los carlistas, de lo que no nace más que de la falta de política propia. Me parece que ese es un vicio originario de este Gobierno, del que pronto estará curado, como decía mi amigo el Sr. Ríos Rosas.

Voy á concluir repitiendo que mi objeto era manifestar la opinión que yo había visto después de la sesión de esta tarde en la fisonomía de mis amigos. Yo creí que el Gobierno hubiera anatematizado los sucesos ocurridos ayer, sin que tuviera necesidad de tomar la iniciativa las oposiciones; pero ya que esto no ha sucedido, nosotros podremos decir: aquí están los de la contra-parte, y á los de la porra; y es necesario para que haya orden, que no nos acordemos para nada de esa miserable institución.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: No he de seguir al señor marqués de la Vega de Armijo en el tono de su discurso, porque le imitaria mal; no le he de seguir en la forma, porque no me parece conveniente, sin que esto quiera decir que ha sido inconveniente en labios de S. S.; y no he de seguirle en la extensión, porque he de molestar al Congreso todo lo menos que me sea posible, puesto que ya le he molestado hoy, creo que cinco veces.

El Gobierno está muy reconocido á los obstáculos que el señor marqués de la Vega de Armijo le separa para que pueda marchar, y á los votos que lo ha dado S. S. no hay más sino que no he visto esos obstáculos que S. S. dice que ha separado, ni sé que S. S. haya dado ningún voto al Gobierno.

Ha repetido S. S. muchos de los argumentos que se han hecho esta tarde por varios señores; pero ha referido un hecho gravísimo de que tengo que hacerme cargo.

S. S. nos ha dicho que vio todo lo que pasó anoche, y que observó que algunos agentes de la autoridad acompañaron á las turbas. El gobernador sabe que ha habido agentes que han contenido valientemente á las turbas; sabe que ha habido agentes que no las han contenido tan valientemente; pero no tiene noticia de que haya habido agentes que las hayan acompañado.

Me consuela, sin embargo, el que S. S. haya dicho que ha conocido á algunos de ellos. (El señor marqués de la Vega de Armijo: Que los ha visto.)

Puesto que los agentes llevan un número, y puesto que S. S. los ha visto, bien pudo haber retenido en la memoria los números de aquellos miserables, y por cierto que por las veces que ha empleado la palabra miserables, bien puede llamarse á su discurso discurso de miserables.

Sin embargo, S. S. dice que no tuvo tiempo para observar lo que era deber de S. S., porque todo ciudadano tiene el deber social de descubrir los que cometen delitos, para ayudar á la autoridad en sus pesquisas.

S. S. ha dicho que los tribunales condenaron á un juez que no había cumplido con su deber, y que sin embargo de esto, el Gobierno le dió un ascenso. No es exacto. Los tribunales impusieron á ese juez una multa, pero no le inhabilitaron, y el Gobierno creyó conveniente mandarle á otro sitio.

Pero si ese hecho hacia el juicio del Gobierno, ¿por qué S. S. le seguía apoyando?

El señor marqués de la VEGA DE ARMILLO: El Congreso comprenderá que después del sarcástico discurso del señor ministro de la Gobernación, lleno de retenciones, como siempre que se dirige á mí, tengo necesidad de rectificar.

S. S. se ha ocupado de mi actitud en otros tiempos, y ha indicado que hablará más extensamente cuando yo consuma mi turno en la discusión del mensaje.

Yo he estado, como lo estoy siempre, al lado de los Gobiernos que hacen la ventura de la patria; pero cuando me persuado de que esos Gobiernos solo caminan á la ruina, me pongo enfrente de ellos para combatirlos con todas mis fuerzas.

Yo que nada le debo á la revolución, yo que nada he esperado de ella, yo que no he sacado ni cruces, ni empleos, ni nada absolutamente de la revolución, no comprendo el por qué de las retenciones del señor ministro de la Gobernación.

¿Qué ha querido decir S. S.? ¿Que ha sostenido determinada bandera? Si lo he hecho, ha sido porque así lo he creído conveniente para los intereses del país.

Vengo á juzgar al Gobierno por sus actos, y nada más que por actos; y como SS. SS. no hacen la política que creo conveniente, les combato y les combatiré hasta donde alcancen mis fuerzas.

Siento que á S. S. le moleste el que yo haya llamado miserables á los que ayer estuvieron cometiendo toda clase de excesos; pero me parece que es la única palabra que sirve para calificarlos.

S. S. me ha hecho una inculpación cuando ha manifestado que nadie más que yo había visto gente acompañando á las turbas, denunciando que así como tuve tiempo de contarlos, lo podía haber tenido de verlos el número. Si en lugar de apagar los faros los hubieran encendido, puede ser que hubiera podido decir á S. S. el número; pero además de la falta de luz, me impedía verles el número la necesidad que tenía, me entretuve en eso, de evitar que me dieran con lo que tiraban. Pero no me queda duda de que iban con las turbas y de que no hacían nada para evitar aquellos excesos; y se me figura que cuando yo lo aseguro, no tiene S. S. derecho á negarlo.

Diciendo S. S. que tergiverso los hechos, se ha ocupado de una cosa que ha tratado incidentalmente, negando que el juez á que he aludido haya sido condenado, y diciendo que solo se le impuso una multa. Pues precisamente era la pena que la Constitución establece; y yo declaro á S. S. que un juez de Madrid, el primero que ha sido condenado por los tribunales, no solamente no ha debido ir á otra parte con ascenso, sino que ni aun ha debido continuar en la magistratura.

He demostrado que los agentes no sirven para salvar la vida de los ciudadanos, y yo pregunto: ¿cuál hubiera sido el conflicto de Madrid si se hubieran resistido en alguna casa?

Señor presidente, cumplido ya el objeto que me había propuesto, retiro mi proposición.

Se leyó la proposición de la mayoría carlista que ayer insertamos.

En su apoyo dijo

El Sr. NOCEDAL (D. Cándido): La proposición que acaba de leerse la redactaron mis amigos y yo anoche, ignorando que se habían de presentar otras. Recordaré al Congreso que esta discusión empezó con una pregunta del señor marqués de Sardoal; recordará también al Congreso que á la pregunta sencilla del señor marqués contestó el señor ministro de la Gobernación soltando todas sus andanadas contra la comunión católico-monárquica.

Pues ahora acontece que esta comunión no tiene nada que desir: los hechos están ya perfectamente expuestos y juzgados; y además, el combate á que los cita el Sr. Sagasta no tiene objeto ninguno, porque las acusaciones de esta mañana las ha deshecho esta noche, y aunque así no hubiera sido, existiendo como existe en el bando de ayer en mal hora publicado por el Sr. Rojo Arias, la acusación que S. S. desliza contra nosotros, la comisión católico-monárquica no se digna contestar á esa acusación, no dignándose tampoco analizar el ataque del Sr. Rojo Arias, porque jamás nos enseñamos con los muertos. No queriendo, pues, dar gusto al señor ministro de la Gobernación empeñando una batalla cuando á su señoría le conviene, que es cuando no nos conviene á nosotros, retiro la proposición.

El señor VICEPRESIDENTE (Herrera): Queda retirada.

El Sr. ROJO ARIAS: Aunque el Sr. Nocedal no se digna descender hasta mí ni siquiera para echar sobre mí cadáver un puñado de tierra, ni combatir mi bando, sin embargo de que le copió íntegro en la proposición, diré con entera franqueza que lo hice pensando en S. S. y en sus amigos, que era de quien esperaba la perturbación del orden, porque SS. SS. fueron los primeros que se acercaron, no á mí, sino á otras personas más altas, mostrando recelos de que así sucediera.

Luego tenían algún motivo para esperar una agresión simulada, para poder decir después que la habían previsto, ó pensaban cometer tales imprudencias, que la agresión no pudiera menos de venir.

Yo no podía menos de lanzar esta idea con el propósito de contener á quien queriera intentase desvirtuar el acto religioso. Yo dije esta mañana las razones que tenía para recelar que el conflicto fué provocado por los amigos de S. S.

El señor VICEPRESIDENTE (Herrera): El Sr. Nocedal no se ha ocupado del bando; puede V. S. dispensarse de hacer su defensa.

El Sr. ROJO ARIAS: Me limitaré, pues, á contestar á la acusación del Sr. Nocedal, diciendo que mis palabras no solo se fundan en el criterio del *cul prodest*, á que he visto varias veces apelar á su señoría, sino en más de un testimonio que no ha rechazado nadie.

El Sr. Mansi apoyó otra proposición para que el Congreso reprobare energicamente los atentados cometidos en la noche de anteayer, y ofrezca su apoyo al Gobierno para mantener el orden público, sin perjuicio de condenar el propósito de evertir en política una manifestación del espíritu religioso.

El señor conde de Toreno pide la palabra para manifestar que no podía aceptar sus amigos la proposición del Sr. Mansi, porque supone la posibilidad de que un partido quiera atribuirse la representación del sentimiento católico.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Por no cometer un acto de descortesía, me levanto á dar gracias al Sr. Mansi y á decir cuatro palabras respecto á lo que acaba de decir el señor conde de Toreno. Es inadecuado que la mayoría reprobue que á esta cuestión religiosa se le quiera dar el carácter especial de un partido. Para hacer ver que nosotros no queremos eso, para hacer ver que lo reprobamos, que todos somos igualmente católicos y reprobamos igualmente los sucesos de anoche, se ha presentado esta proposición, que ruego á la mayoría tenga á bien votar. Por lo demás, hasta que esta cuestión se ventile por los tribunales y se esclarezcan los hechos, por más que aquí se ha dicho que se conocen las personas y todas esas cosas que se han dicho inconscientemente ó con un poco de ligereza, porque si así fuera, el que más ignoraría todas esas cosas sería el presidente del Consejo de ministros que tiene más interés que nadie en averiguarlas.

Es un error, señores; el Gobierno no sabe ni conoce los autores de esos crímenes; el Gobierno desearía saberlos para reprimirlos; pero para probar que ha habido error en muchos, voy á poner de manifiesto á los señores diputados un hecho ocurrido ayer á las cuatro de la tarde en la calle de San Gregorio, número 21, cuarto bajo, que habita nuestro compañero y mi querido amigo D. Pedro Manuel Acuña. Á las cuatro de la tarde estaba colgada toda la casa, menos su habitación; pasaron dos paisanos con garrotes, y dijeron: «por qué no habrá colgado este?» Y con los paños rompieron los cristales. Yo lo he sabido hoy por la mañana cuando mi amigo el señor Acuña ha venido á contármelo á mi casa. Los que lo hicieron no eran liberales, y sin embargo, ¿esto decir que lo haya hecho determinado partido que no conozco? No, señores, diputados, lo que quiero decir es que es necesario gran medida para juzgar las cosas, y hasta que se tiene conocimiento de los hechos no se deben aventurar opiniones.

El Sr. ACUÑA: Deseo corroborar las palabras del señor presidente del Consejo de ministros, y deseo además hacer constar que el no colgar no fué por no querer adherirse á la manifestación en favor del Padre común de los fieles, sino porque como hombre solo, porque mi familia está fuera, no me cuidé de eso; pero no porque no sea católico, pues lo soy tanto como cualquiera. Sin embargo, algunas personas, al ver que no había colgado, apedrearon mis balcones, y luego otros apedrearon los faroles que había en los balcones inmediatos.

Leída de nuevo la proposición, se tomó en consideración por 129 votos.

Hecha la pregunta de si se aprobaba, pidió la palabra en contra

El Sr. DIAZ QUINTERO: Confieso, señores diputados, que me asfixia la atmósfera de neo-catolicismo que aquí se respira, y justo es que yo venga á hacer la protesta contraria á esa peste de la sociedad. El Catolicismo es la causa de la decadencia de las sociedades, como se ve comparando el estado próspero de las naciones que aceptaron la reforma, con el estado degradante de las naciones en que impera el Catolicismo. Justo es, pues, que contra estos pujos de Catolicismo que han corrompido y embrutecido al pueblo español, haga yo aquí una protesta, ya que ayer el Gobierno prohibió que se hicieran las muchas que en este sentido se hubieran hecho.

Yo he visto á los agentes de la autoridad que iban custodiando á una turba de pilluelos á la que yo dije que lo que hacían era una indignidad, les amenazaba y la turba se marchó. Por consiguiente, si hubiera habido en Madrid cuatro vecinos como yo, los católicos hubieran podido hacer su iluminación, por la que sin embargo no me interesa, porque esas cosas no me importan nada.

Á mí me admira que se hable aquí de conservar el orden, que yo no he visto alterado más que por una turba de pilluelos, que como he dicho disolví un simple particular; por tanto, creo que los propósitos que se dan á esta cuestión no tienen más objeto, como he dicho, que hacer pujos de catolicismo.

El Sr. ORTIZ DE ZARATE: Deseo sencillamente protestar de las palabras del Sr. Quintero, porque creo que el Catolicismo, lejos de embrutecer, ha ilustrado al pueblo. Lo que conduce al pueblo al estado de salvajismo son crímenes y atropellos como los cometidos por la *Commune* de París.

El Sr. DIAZ QUINTERO: He oído con gusto la protesta del Sr. Ortiz de Zarate, que está en su derecho haciéndola; pero S. S. no me negará á mí el que yo he tenido para decir lo que he dicho.

Sin más discusión, fué aprobada la proposición. El señor VICEPRESIDENTE (Herrera): Orden del día para mañana: continuación de la discusión del mensaje y demás asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.

Erán la una y cuarto.

## PARTE EXTRANJERA.

De una carta de Versalles del 16, que publica un periódico, tomamos lo siguiente:

«El ejército de París, pasada la revista, ya á disposición, Mac-Mahon, según se dice, dejará por ahora el mando, y en París solo quedarán 45.000 soldados, 5.000 gendarmes y unos 6.000 agentes de orden público, todos armados de sable y revólver.

El ejército que manda Vinoy, irá á Orleans y Burdeos; el de Douay se fijará en Lyon, y las demás tropas se distribuirán entre las plazas, que quedan libres del Nordeste.

El gran ejército se disuelve, porque así lo exige el Gobierno prusiano, que no consiente tantas fuerzas á tan corta distancia; porque Thiers, no ve sin desconfianza el mando de un general estimado, que dispone de un ejército tan numeroso; y, porque, además, la higiene exige que no haya grandes aglomeraciones de gentes en París.

Por otra parte, al propio tiempo que se cumple con lo pactado y se piensa en la salud pública, se toman posiciones estratégicas, que tan necesarias son para rechazar un nuevo asalto de la *Internacional*.

Se sigue hablando mucho de la reorganización del ejército y la reforma y aumento de la artillería. Parece que se desea instruir á los soldados, de modo que, en caso necesario, todos puedan ser artilleros. La industria, además, perderá casi por completo, su carácter de lujosa, para transformarse en guerrera. La arquitectura militar, que ya estaba casi olvidada, se va poniendo muy en boga. M. Hausemann, que tanto hizo en París, no se acordó siquiera de construir fortalezas. Ahora, sucede todo lo contrario. Se olvida todo y solo se piensa en construir nuevos fuertes.

Habría, pues, nuevas y grandes fortalezas en todas las alturas que durante el sitio ocuparon los prusianos y además, se levantarán otras sobre los ríos y para proteger ó cerrar los principales caminos.

La célebre batería construida por el general Mac-Mahon, en Montreuil, ha sido desartillada, según se cuenta, por exigirlo así el ejército alemán. De esto nada se dice, porque naturalmente se quiere que el pueblo desconozca sus humillaciones.

Los consejos de guerra comenzarán á funcionar el martes próximo. Se dividirán en tres secciones. En la primera se fallarán las causas más graves y de los jefes más comprometidos; en la segunda se examinarán los delitos, que podremos llamar de segundo orden, no por falta de gravedad, sino por aparecer como subordinados sus perpetradores, y en la tercera solo se admitirán los procesos, que exigen menos pena ó puedan tratarse con menos rigor.

El proceso de Rochefort será el primero que ocupe al tribunal.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 20 DE JUNIO DE 1871.

### LA CUESTION DE GABINETE.

La noche de vergüenza, como la ha llamado el Sr. Cánovas, los desórdenes de carácter malhechor, según la energética frase del Sr. Ríos y Rosas; los crímenes del domingo, han estado á punto de producir una crisis ministerial.

No lo extrañamos: no un Gabinete, cien Gabinetes; no una situación, cien situaciones políticas como la actual debían caer ante el escandaloso espectáculo de una capital, de una corte, de una población de cuatrocientas mil almas, residencia del Gobierno, de las autoridades superiores, de numerosos cuerpos de policía, de Guardia civil, del ejército, entregada por espacio de tres horas á una partida de patriotas armados de garrotes, dividida en grupos, algunos de los cuales no pasaban de media docena de hombres, que impuso la ley á la inmensa mayoría de hombres honrados que componen el vecindario de Madrid, que apedreó sus casas, rompió los faroles de la iluminación, asaltó ventanas y balcones, destruyó riquísimas colgaduras, y quemó, por último, el retrato del Vicario de Jesucristo, el día de su fiesta, el día del aniversario único en su género que han podido celebrar los fieles en diez y nueve siglos que cuenta la Cristiandad.

Por esta ignominia, por esta deshonra política ha pasado el Gobierno, y ha pasado incluído, como si los gritos desahorados de las turbas, las pedreas, los cristales rotos, los asaltos, los escalamientos, las hogueras, hubiesen constituido su ovación.

Incluído es poco decir, es un epíteto débil, inexacto, aplicado al ministerio. La noche de vergüenza, el barullo malhechor sorprendió al Gobierno en crisis parcial, con un ministro dimisionario, y ya se anuncia que «en vista de las proporciones que ha tomado la cuestión política, el señor Moret ha retirado la dimisión que tenía presentada por los asuntos financieros.»

La vergüenza, pues, de que hablaba Cánovas, el carácter malhechor á que se refería Ríos Rosas, han sido puntales para sostener el edificio minis-

terial que amenazaba ruina; esa vergüenza, esos crímenes, es á horas de espanto para el pueblo de Madrid, que habrían bastado á derribar no uno, sino cien Gabinetes, no una situación, sino cien situaciones políticas como la actual.

Y es natural que así suceda: el Sr. Rodríguez (D. Vicente), el orador bufo de la mayoría lo dijo anoche en el Congreso en medio de apuros: estos sucesos han dado margen á que el conservador señor Sagasta, de cuya conservaduría se iba escapando ya la Tercera progresista, entonase el ya olvidado himno de Riego, y volviese á tomar en boca el nombre salvador de la libertad, la Celestina de los tiempos modernos.

«¡Oh, libertad, y qué de crímenes se cometen en tu nombre!»—decía Mad. Rolland al subir las gradas del cadalso—«¡y cuántas tonterías también!» podría haber añadido la ilustre marimacho girondina.

La situación que anda en acecho de ocasiones para convertirse en conservadora, el ministerio de la procecion del Córpus, que según insinúa *La Epoca*, está protegiendo bajo cuerda á Sr. Patrocinio, tuvo el domingo, tuvo ayer lúnes dos magníficos días para deshacerse de los cimbríos, para entrar resuelta en el camino de la conservación; pero se ha dejado arrastrar por sus antipáticas anti-católicas, ha tendido la mano á los republicanos que la han retirado con dignidad, y se ha puesto á cantar himnos patrióticos, como aquel mal comediante del tiempo de Fernando VII, que al verse en peligro de ser silbado se adelantaba al proscenio gritando: ¡viva el rey absoluto!

«¡Estamos bajo la presión de una parte de bandos!» decían ayer los diputados conservadores, los conservadores mismos que se cobijan bajo el manto de la situación.—«Los carlistas, los carlistas tienen la culpa», exclamaba Sagasta, y todo el mundo se le reía.—«Si carlistas son los que han colgado é iluminado el domingo, tenéis que reconocer que todo Madrid es carlista», le replicaban.—«¡No, no! ¡Madrid es muy liberal!» tornaba á decir el ministro.—«Pues si Madrid es liberal, y Madrid ha iluminado, ¿cómo la iluminación ha podido ser una manifestación carlista?» reargüían los conservadores.—«¡Viva la libertad!»

Ante esa *ultima ratio* del ministerio no había más que añadir.

Jamás hemos visto un ministerio más desconcertado, más descompuesto, más fuera de razón; y es que jamás ha habido una agresión más injusta, más destituida de pretextos.

Los festejos al Santo Pontífice no fueron obra exclusiva de ningún partido, sino de todos los católicos. Hubo en los manifestantes prudencia en las inscripciones, prudencia en las calles, prudencia en los templos, prudencia en suspender la procesión, prudencia en resistir á las provocaciones. La obra era católica; ningún partido político quiso atribuírsela exclusivamente; no había, pues, el menor pretexto para combatirla, y mucho menos para apelar á la violencia, al crimen, para atacarla.

Pero la manifestación no fué del agrado de los progresistas, de la situación, de la Partida de la Porra.

El ministerio tenía que escoger entre castigar con mano fuerte, entre destruir de una vez para siempre á esa célebre partida, ó quedar políticamente deshonrado; y optó por hacer cuestión de Gabinete la proposición del Sr. Cánovas del Castillo.

La compañía de la Porra, según se dijo en el Congreso, se hizo ayer cuestión de Gabinete y triunfó.

La damos la enhorabuena, y suspendemos este artículo para arreglar la malea del viaje. Como suponemos que nuestros lectores harán otro tanto, les suplicamos que en lleguen lo á la China nos avisen las señas de su domicilio para remitirles el periódico con la debida puntualidad.

Por si acaso, no se apresuren, porque la cuestión de Gabinete ha matado moralmente al ministerio.

A última hora



porales, en las cuales llama *sacrilegios y parricidas* a los que han consumado esta obra de iniquidad. Y por eso añadió y dijo: que «yo los llamaba así, porque así los llamaba el Vicario de Cristo, y que ese reino era una agregación de rapinas sacrilegas.»

Había de reírse, no de reírse, y mucho menos del rey de Italia: cómo trató yo al rey de la llamada monarquía de Italia, puede Vd. verlo, si gusta, en una obra que he publicado hace poco con el título de *Pío IX y la Italia de un día*, en el capítulo 6.º, 3.ª, pág. 149, donde digo: el hijo de muchos reyes santos no debe considerarse en la ejecución de los planes revolucionarios como el hombre, sino como el nombre. Nacido en cama real y siendo rey por derecho hereditario, bien sabe que así como el reino en los Estados que fueron de sus augustos padres en virtud de ese derecho, igual le tenían para reinar los príncipes que ha desposeído la revolución, y más que todos el Vicario de Cristo.» Así trató yo a aquel rey, en quien acabó la autoridad legítima con que impera en el Piemonte y en la Cerdeña, por haberla heredado en virtud del derecho público y de gentes, basado en el natural.

He de merecer, por tanto, de la rectitud y buen criterio de Vd. que se sirva insertar esta rectificación en su apreciable periódico, por lo que además le estaré agradecido.

Me repito de Vd., señor director de *El Pensamiento Español*, atento S. S. Q. B. S. M., *El Obispo de la Habana*.

Madrid y Junio 19 de 1871.

Si el discurso del Sr. Cánovas del Castillo es un trabajo notable de elocuencia y un ataque duro a la política del Gobierno desde el punto de vista de las ideas de orden, el que pronunció el señor marqués de la Vega de Armijo es una serie escogida de acusaciones incontestables contra el ministerio, contra el Sr. Sagasta y contra las autoridades de Madrid.

Los discursos de Ríos Rosas y Cánovas fueron más políticos y más literarios; pero el del señor marqués de la Vega de Armijo fué mucho más sustancioso. Relató los hechos; dió detalles que ni el gobernador ni el ministro conocían, al parecer; dijo que algunos agentes de orden público iban confundidos entre las turbas, y que los miserables autores del motín, tan valientes para romper cristales y faroles donde no se les oponía resistencia, abandonaban el campo cuando se encontraban con la boca de un revolver manejado por un hombre de corazón.

El Sr. Vega Armijo hizo más bien que un discurso un gran acto de valor. Relacionó los hechos del domingo por la noche con otros muchos que han escandalizado a España y al mundo y que han quedado impunes. Habló de gente que pagaba a los criminales, razón por la cual no se daba jamás con estos, y dijo una y otra vez que, después de la votación verificada por la tarde en que la mayoría votó contra la proposición del Sr. Cánovas, el público de Madrid había dividido la Cámara en dos únicas fracciones: la porra y la contraporra.

No podemos olvidar ciertamente que el señor marqués de la Vega de Armijo es uno de los hombres que más contribuyeron a la revolución de Setiembre. Pero al ver hoy su noble actitud y sobre todo la justa indignación con que censura los actos de vandalismo y de desgobierno tan comunes en el actual orden de cosas, la imparcialidad nos obliga a tributarle nuestros elogios y a estimularle a que continúe por ese camino dando fuertes disgustos al Gobierno. Esto, a lo menos, es patriótico, como es patriótico todo lo que se dirija a acabar con esta vergonzosa situación.

El discurso pronunciado por el Sr. Sagasta no merece una contestación de política elevada, sino un ataque tal y como se le dió el señor marqués de la Vega de Armijo.

El Sr. Sagasta, en medio de su protesta contra los atropellos de los vándalos patriotas, se las gobernó de modo que su discurso fué, no una exculpación, sino una verdadera defensa de las iniquidades cometidas en la noche del domingo.

Si la actitud de las oposiciones no hubiera sido tan enérgica, el discurso del Sr. Sagasta, reforzado con las *progresistas* del Sr. Ripa, sería suficiente para animar a esa cuadrilla de perturbadores en la perpetración de sus crímenes. Pero afortunadamente las oposiciones demostraron ayer que si el Gobierno desampara a la sociedad, los hombres honrados de todos los partidos se decidirán a hacer lo que no hace el Gobierno, tomando la justicia por su mano.

Y ya se ve que no hay otro remedio. Si de esto resultara un catástrofe colapsa el poder público, cuya conducta está produciendo la anarquía más espantosa que se ha conocido en España, desde que existe el malhadado sistema liberal.

Confiamos en que el ministerio dejará pronto las carteras. Pero tenemos la seguridad de que con esto no adelantaremos nada, ni adelantará nada tampoco la solidez de las nuevas instituciones, harto quebrantadas con los golpes que les da el sentimiento patriótico del pueblo español excitado por las torpezas de los gobernantes.

Se habla de un ministerio Olózaga-Córdova ó Ruiz Zorrilla-Córdova, para sustituir al de Serrano-Sagasta. Nos tiene sin cuidado. Ni los hombres que permanecen todavía en el año 34, como el señor Olózaga, ni los obcecados e inexpertos, como el Sr. Zorrilla, son a propósito para conjurar la gran tormenta que se viene encima.

Esto está muerto, y ya no hay poder humano que lo resucite.

Hace mucho tiempo que no hemos asistido a una sesión tan interesante como la que celebró ayer el Congreso. Desde el discurso del ministro de la Gobernación, hasta la sentida y vigorosa protesta que a la una de la noche hizo nuestro amigo el Sr. Ortiz de Zárate contra el alarde de impiedad del republicano Sr. Díaz Quintero, todo contribuyó a que la sesión de ayer fuera un verdadero desastre para el Gobierno, para la mayoría y para la situación en general.

El ministro fué azotado sin compasión por amigos y adversarios; las defensas que se intentaron hacer de su conducta, resultaban desahucados escarnios.

El Sr. Sagasta quiso ser hábil y sacar de su cauce natural la discusión revolviéndose con saña contra el partido carlista; pero la habilidad no era posible, y además el Sr. Sagasta no puede desprenderse de la corteza ni aun del fondo de progresista. Resultó, pues, lo que era de esperar. Nuestros amigos, con la sonrisa en los labios, dejaron pasar la turbada sin darse por aludidos. Ya antes el Sr. Sagasta, en lugar de procurar captarse la benevolencia de canovistas y montpensieristas, los había exasperado con su intemperancia promoviendo varios tumultos, y había lo bastante para que los oradores principales de una y otra fracción cayeran sobre él y sobre todo el ministerio para aplastarlo con sus argumentos, que eran chaparrones de plomo dorado.

El asunto era hermoso, la solemnidad de la manifestación religiosa del domingo contrastando con los vandálicos atropellos de los amigos imprudentes de la situación, habían impresionado de tal

manera los ánimos, que nadie dudaba del triunfo que habían de conseguir oradores como Cánovas y Ríos Rosas. El primero, menos liberal ayer que otras veces, pronunció un magnífico discurso, cuya contestación no podía estar al alcance de la modestísima oratoria del Sr. Sagasta.

El Sr. Cánovas derrotó al ministerio y a los ministeriales, haciendo vacilar a muchos de estos sobre la conducta que deberían seguir en el acto de la votación. El Sr. Ríos Rosas, con sus magníficos apóstrofes y sus oportunísimas y trascendentes calificaciones, remató al Gobierno, al cual acusó de *consentir atropellos como el de ayer*.

¿Lástima que el Sr. Ríos no nos hubiera ahorrado el disgusto de oírle decir que sigue siendo liberal, y cada día más liberal.

El Sr. Herrera, que quiso explicar el voto que en contra de la proposición del Sr. Cánovas se habían resuelto a dar los fronterizos, dejó mal parados a estos y al Gobierno. El Sr. Figueras, que explicó también el voto favorable a la proposición que iban a dar los republicanos, dirigió con su habitual destreza una estocada a fondo a los políticos que para llegar al poder hacen promesas de libertad que luego no cumplen.

El Sr. Alonso Martínez, que se declaró dinástico, dijo que él y sus amigos ignoramos cuántos y cuántos son votarian en favor de la proposición, y de paso descargó también un buen golpe sobre el ministerio.

Mas por si algo le faltaba a este para salir enteramente magullado de la batalla de ayer, habló el general Serrano del modo más desdichado que puede hablar un hombre que forma parte del Gobierno. El general Serrano dijo que hasta ayer por la mañana no estaba bien enterado de lo ocurrido el domingo por la noche. «Y qué hablamos de hacer?» preguntaba; ¿habíamos de ensangrentar las calles de Madrid?

Esto se comenta por sí solo.

También habló ayer el Sr. Rívera y anduvo a vueltas con la teoría de los derechos individuales, y recordó su consabida receta de acudir a los tribunales cuando ocurran atropellos como los del domingo. Alguien dijo después de oír al pontífice de la democracia: «¿Hemos asistido al entierro del Sr. Rívera? La decadencia de este, en otro tiempo fogoso tribuno, toca al último límite.

Desde el punto de vista de la salud pública, cuestión que interesa igualmente a todos los españoles, cualquiera que sea su color político, es grave lo que está pasando en el Congreso. Ayer se retiraron a comer los diputados a las nueve de la noche; a las diez tenían que estar de vuelta para la sesión nocturna, que duró hasta la una y cuarto de la madrugada. Total ocho horas de sesión y una comida, que en toda tierra de garbanzos se llama cena, atropellada y casi flambée.

Agresemos a esto que la atmósfera que se respira en el salón es melfítica, y que la de los pasillos y salones de conferencias no hay cristiano que lo aguante, de lo cual resulta que aquel palacio es una especie de foco de infección.

Cuando los calores aprietan, ¿qué estómago representativo resiste este desorden higiénico, ni qué pulmón parlamentario no se resiente de un aire tan viciado?

Piense la junta de Sanidad en el peligro, y por Dios, proponga el ministerio las medidas más enérgicas para evitar que enfermen los Padres de la Patria, y sobre todo, para que cunda la epidemia fuera del augusto palacio de la ley. Malo es que los legisladores se conviertan en casos; pero peor fuera que los legislados fuéramos a hacerles compañía.

No importa que los presupuestos se queden sin votar; con eso ganáramos algunos millones los contribuyentes. Lo decimos en serio, la atmósfera del Congreso es envenenada.

*El Imparcial* da cuenta de la crisis general que ayer se promovió de resultados de los sucesos de anteanoche. Los señores Serrano, Ulloa y Ayala, según el diario cimbrio, manifestaron desde luego su propósito de dejar sus carteras, porque creen que es menester inaugurar una política de orden y de energía a toda costa.

El Sr. Martos repitió (según *El Imparcial*) lo que ya había dicho hace pocos días, esto es, que ausente el Sr. Zorrilla y fuera del Gabinete el Sr. Moret, él no podía continuar representando en el Gobierno las ideas del grupo a que pertenece.

Mas al cabo de tres horas de conferencia se resolvió aplazar por unos días (palabras de *El Imparcial*) la crisis general y aun la del ministro de Hacienda. Se acordó pedir la dimisión al señor Rojo Arias y de lo demás se tratará cuando termine la discusión del mensaje.

Pero ¿qué ministerio sustituirá al actual? ¿Se lograrán los deseos de la Tertulia y se formará un ministerio presidido por Ruiz Zorrilla? ¿Qué dirán entonces los fronterizos?

Anoche se decía que se formaría un Gabinete bajo la presidencia de Olózaga en el cual tendrían la cartera de Guerra el general Córdova.

El Sr. Nocedal había presentado una proposición contra los atropellos cometidos en la noche del domingo.

Como antes se discutieron otras varias que tenían el mismo objeto, el Sr. Nocedal se levantó a decir cuatro oportunísimas palabras que desconcertaron al ministerio y a la mayoría.

«El Sr. Sagasta, vino a decir nuestro distinguido amigo, quiere discutir con nosotros para vengarse de los golpes que ha recibido de otras fracciones de la Cámara. Como nosotros estamos satisfechos de lo que se ha dicho ya aquí, y no queremos discutir con el Sr. Sagasta, me siento y retiro la proposición.»

El ministerio y la mayoría se quedaron con la boca abierta, y todavía están en la misma actitud verdaderamente progresista.

Decía con mucha frescura el fresco Sr. Sagasta en la sesión de ayer: «Y qué ha pasado en Madrid? Nada: cuatro cristales rotos y cuatro faroles rotos.»

Con la misma frescura hubiera dicho: cuatro costillas rotas, cuatro brazos rotos.

«Pero qué guerran estos hombres, que no se dejan hueso sano a ningún español?»

Ni los hotentotes están peor gobernados que nosotros.

«El Gobierno, decía ayer en las Cortes el general Serrano, quiere buscar, como los gladiadores romanos, una posición noble para morir.»

Esto quiere decir, que el Gobierno comprende que debe caer; pero no le parece bien caer por los atropellos del domingo.

No ha sido el Gobierno tan mirado como el señor Rojo Arias.

*El Tiempo* publica anoche las siguientes noti-

cias sobre los escandalosos atentados del domingo por la noche:

«Además de los grupos se destacaba alguno de los que los componían y subiendo a las habitaciones, daba la siguiente orden, y en estos cultos términos: «Que quiten esos pingos», aludiendo a las colgaduras.

Dices que anoche, cuando las turbas se dirigían a atropellar las embajadas ó consulados que estaban iluminados, eran advertidas y hasta amenazadas por los agentes de la autoridad, que veían impasibles los atropellos de la demás casas.

No fueron menos graves los atentados cometidos delante de la casa del señor conde de Superunda, calle de San Vicente Baja, la cual se vió expuesta a ser incendiada, según los proyectos expresados en alta voz, por los bandidos de que hemos oído hablar.

El delito de los moradores de aquella casa, consistió en haber tenido colocadas todo el día en sus balcones unas elegantes colgaduras, y por la noche hacían de ellas.

Una infeliz señora octogenaria, que vive en la calle de la Luna, frente a la de la Madera, estuvo a punto de ser víctima, por haber penetrado por uno de los cristales de su casa una enorme piedra que pasó a corta distancia de su cabeza. Y por cierto que aquella anciana perdió a un hijo suyo, que era capitán de la guardia real, en una acción librada contra los carlistas.

A las once, un grupo que pasaba de 400 salvajes, permaneció cerca de media hora en la calle de Alcalá, frente donde vive el Sr. Sagasta, ministro de la Gobernación, dando vivas a la libertad, mueras al Papa, silbando, gritando que quitaran las colgaduras y faroles colocados en los balcones de las mansiones de casas de dicho ministro, y amenizando romperlos a pedradas.

Los vecinos del piso tercero, que está justamente encima de la habitación del Sr. Sagasta, apagaron todos los faroles menos uno, tal vez por inadvertencia.

El grupo no cesó en sus brutales amenazas hasta que desaparecieron las luces. Apagadas también las de la Peña, cuyos socios son en su mayoría militares, la emprendieron con las colgaduras que había en la Puerta del Sol, y continuó sus brillantes hazañas con la mayor tranquilidad, después de recorrer las calles de la corte de D. Amadeo, insultando, rompiendo faroles y vidrieras y retratos de Pío IX, quemando colgaduras y banderas, como hicieron en San Martín, subiendo por las rejillas y escalando balcones como en la Concepción Gerónima, y arrojando a la calle hachas y faroles, como llevaron a efecto en diferentes sitios. Detrás de las turbas iban los agentes de la autoridad, que impasibles ó impotentes contemplaban escenas tan repugnantes.

Dos de ellos se acercaron a un corralito formado junto a la Academia de San Fernando, alrededor de un ciudadano pacífico que se quejaba porque al pasar los representantes de la gloria de Setiembre, le habían dado de palos y robado el reloj.

El presidente del Consejo de ministros, el caballero general Serrano que a dicha hora atravesó con su ayudante la calle de Alcalá, pudo gozar y saborear el fruto delicioso que ha dado a su patria la sangre vertida en Atocha.

Los mueras a Pío IX, alternados con tan escandalosos hechos y unidos a las vociferaciones de un grupo que iba por la calle de Fuencarral, decían: «¡vamos el brazo del rey, pusieron digno remate a la serie de atropellos que el Gobierno y autoridades presenciaron anoche imperturbables, sin poder o sin querer evitarlos ni reprimirlos.»

«Leemos en *La Epoca*:

«Tenemos una prueba auténtica, irrefragable, confirmada por el testimonio de personas que no pueden engañarnos, sobre la manera que tienen los más autorizados demócratas de entender los derechos individuales.

En una de las calles más céntricas de Madrid, los grupos empezaron a apedrear unos balcones, donde había luces, sin que las señoras de la casa que a la sazón se hallaban solas, se atrevieran a salir a apagarlas, por temor a las piedras que flotaban sobre las persianas. Enfrente de dicha casa vive un diputado demócrata que contempló impasible el atentado sin emplear respecto de las turbas el lenguaje que su nombre podía darle. Pero avergonzado ya algunos agentes de orden público que en el sitio más público de Madrid se prolongara en su presencia aquella escena, y no quedando encendidos en la calle más que unos cuantos faroles, creyeron que era hora de poner término a la escena.

Como suele suceder, sus advertencias fueron acogidas de una manera descompuesta por los imberbes mozos que gritaban y apedreaban, y como uno de ellos rompió en lamentos porque un agente le había dado un sablazo de plano, el diputado en cuestión, con no poca sorpresa de los que le conocen, salió al balcón, repudió agríamente a los agentes por golpear al pueblo, y les pidió el número, diciendo que era un diputado de la nación. Hé aquí una lección práctica de derechos individuales.»

El siguiente párrafo pertenece al mismo periódico:

«No nos ha sorprendido el discurso del señor ministro de la Gobernación, y este es un punto de contacto, quizá el único, que tenemos con el señor Rojo Arias, a quien tampoco han sorprendido, según nos ha dicho, los sucesos de anoche, afirmación que hemos creído sin dificultad.

No nos ha sorprendido el discurso del Sr. Sagasta, porque esperábamos sus enérgicas protestas contra los autores de desórdenes: pero en las cuatro largas horas que duraron los atentados contra los derechos individuales, ¿no tuvo tiempo el señor ministro para evitar un espectáculo que debía ser lamentado en altísimos lugares? ¿No es doloroso ver citado su nombre entre los que presenciaban la pífida fiesta, mientras las casas de ciudadanos pacíficos eran apedreadas, y en muchas puertas quedaban señas indelebiles de los esfuerzos hechos para violar el domicilio?»

Tómese el Sr. Sagasta la molestia de reconocer la puerta de la casa núm. 3 de la calle del Barquillo; la del 23 de la calle de la Libertad, sin otras que pudiéramos enumerar, y allí verá si eran pacíficas las intenciones de los alborotadores.»

Los periódicos de anoche adelantan poco sobre las noticias de crisis que hemos publicado. *El Tiempo* publica las siguientes:

«Los sucesos de anoche parecen que son uno de los principales motivos de la crisis ministerial.

Dícese que el Sr. Ulloa ha manifestado su propósito de abandonar el poder en unión de algún otro ministro, si no se depone al gobernador de Madrid y se procura el castigo de los que acometieron ayer las casas de los católicos.

Es creciente la indignación que han producido los sucesos de anoche. El Consejo de ministros se ha reunido, y ha celebrado una acalorada sesión. El señor Ulloa ha planteado la cuestión pidiendo la exoneración del Sr. Rojo Arias, gobernador de Madrid. La creencia general es, que todo el Gabinete presentará la dimisión. En la sala de Conferencias del Congreso se dice que la sesión no tendrá lugar, para evitar nuevos conflictos. Teme el Gobierno, y con razón, que todas las fracciones de la Cámara hagan patente el sistema odioso que sigue de permitir todo género de atentados contra la libertad y el derecho.»

*La Epoca* dice por su parte que la sensación producida por el discurso del Sr. Cánovas ha sido tal, y tan profundas sus consideraciones, que no puede creer que ni el Sr. Ayala ni el Sr. Ulloa se resignen a continuar en un ministerio en que prevalece la deplorable política que da lugar a escándalos como los que todos lamentamos.

Según el mismo periódico, en vista de las proporciones que ha tomado la cuestión política, el Sr. Moret ha retirado la dimisión que tenía presentada por los asuntos financieros.

*La Correspondencia* solo publica las siguientes noticias sobre la crisis:

«En el consejo celebrado en la presidencia hoy al medio día, no llegó a tratarse, según nuestras noticias, de la cuestión del Sr. Moret. Esta se tratará en el primer consejo que haya, quizá esta noche, y a este consejo desean los ministros que asista el señor Moret, para acabar de arreglar la cuestión de crisis.

«La crisis ha impedido el almuerzo que debía haberse verificado en casa del Sr. Rívera, pero han comido juntos Moret, Martos, Echegaray y Rodríguez (D. Gabriel). Se cree que se habrá tratado de la actitud de los demócratas respecto a la crisis y sus consecuencias.

«Poco antes de la hora de abrir la sesión, el secretario del Consejo de ministros, Sr. Navarro y Rodríguez, fue a buscar al Sr. Olózaga, que se dirigió inmediatamente a la presidencia del Consejo, donde estaban reunidos los ministros deliberando sobre la crisis.»

*La Opinión Nacional* dice lo que sigue:

«A la hora en que tenemos necesidad de cerrar esta edición para provincias, no ha empezado la sesión del Congreso.

En el salón de conferencias están todos los diputados residentes en Madrid, y la conversación es animadísima en todos los grupos.

La razón de no haber entrado los señores que componen la mesa en el salón de sesiones, es porque el ministerio está en crisis. Esta mañana el señor Ulloa ha hecho presente a sus compañeros de Gabinete que no se volvería a sentar en el banco azul sino para anunciar al Congreso y al mundo que el gobernador de Madrid estaba destituido y entregados a los tribunales los promovedores de los escándalos, alborotos y crímenes que se vienen sucediendo en Madrid y tienen asombrado al país.

«Parece que el Sr. Martos se levantó a oponerse a los deseos manifestados por el Sr. Ulloa; el Sr. Ayala se puso del lado del ministro de Gracia y Justicia y algún otro ministro apoyó al de Estado. En vista de esto, el presidente del Consejo declaró que el Gobierno no podía seguir constituido como estaba, y que era preciso que todos sus ministros extendieran sus dimisiones para llevarlas al rey y que resolviera el conflicto.

Como era natural el elemento radical se ha sublevado y a virtud de esto el Consejo sigue reunido y hay ya quien cree que la crisis se aplazará quebrando la soga por lo más delgado.»

La comisión del Congreso que ha de entender en la reforma del Código penal, ha nombrado presidente al Sr. Alonso Martínez y secretario al Sr. Gamazo.

*El Independiente* dice que el juez de primera instancia del partido de Roa se halla instruyendo causa a un Cura de aquel partido por haber obligado a arrodillarse a los vecinos del pueblo cuando iba el indicado sacerdote en la procesión de Viático.

Parece increíble que esto suceda en España.

Ayer se presentó en el Congreso una exposición de 12,000 contribuyentes de Valladolid contra ciertos impuestos. Constituyen las firmas un infolio bastante abultado.

## CORREO DE HOY.

### EL JUBILEO DE PÍO IX EN ROMA.

Dicen de Roma, con fecha 13, que iban llegando ya multitud de comisiones de todos los países: la concurrencia de extranjeros era inmensa. El Gobierno florentino manda refuerzos a Roma para reprimir cualquiera tentativa de los partidos exaltados.

El Gobierno quiere hipócritamente hacer ver que los católicos tienen libertad, y ya han empezado a hacer de las suyas los revolucionarios romanos, insultando a los católicos extranjeros.

En Roma se habrán celebrado estos días grandes solemnidades religiosas en San Pedro, San Juan de Letran y en Santa María la Mayor.

La reina de Inglaterra ha felicitado a Pío IX por su Jubileo Pontificio.

Dice *El Osservatore Romano*:

«Han llegado dos comisiones de católicos ingleses, de cuarenta individuos; una de holandeses, cuyo número no conocemos, y toda la comisión alemana, de más de seiscientos personas.»

Ha llegado a Roma una numerosa comisión del ducado de Posen (provincia de Prusia) a felicitar al Papa. La comisión se compone de distinguidísimas personas; grandes propietarios, senadores y diputados de Berlín, etc. La preside el Sr. Morasoske, personaje muy apreciado y conocido en toda Polonia; y forman parte de ella los condes Marcelo y Alfredo Zoltowski, el príncipe Cratortski, pariente de la familia reinante en Prusia, el príncipe Sulkowski, y otros personajes. A estos se ha unido el príncipe Subomirski en nombre de Cracovia de Galicia.

La comisión belga, que ya ha llegado a Roma, se compone de 29 personas, la mayor parte títulos ó senadores y diputados, y va presidida por el conde de Villermot, presidente del comité central de las *Obras católicas*.

El 16 de Junio recibió el Papa en la gran sala del Consistorio a los individuos de la *Sociedad romana para los intereses católicos*, de la cual forman parte los principales personajes romanos. El presidente leyó un afectuosísimo mensaje, al cual contestó cariñosamente Pío IX.

Aquella inmensa multitud se despidió del Pontífice saludándole con ardientes aclamaciones.

Después pidieron y obtuvieron audiencia las señoras, que en grandísimo número fueron a saludar al Papa. También leyeron un tierno mensaje y un soneto, (que tenemos a la vista y es muy bueno) composición de una de ellas.

Pío IX las recibió con singular complacencia y las dió su bendición. Las señoras, entre las cuales estaba la nobleza femenina de Roma, prorumpieron en aclamaciones de entusiasmo y alegría.

Acabamos de recibir el siguiente parte:

«GERONA, 19 (diez y quince mañana).—Madrid, 19 (once y treinta y cinco mañana).—Conde Orgáz, diputado. —Entusiasmo indescriptible, aniversario Papa: catedral concurridísima todas las clases: casi todos recibiendo Sacramentos. Extraordinarias demostraciones públicas. Iluminación general. Pobres rasgos heroicos; hasta quitándose su sustento para festejarlos. Publiquen periódicos.—Sicars.»

## PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Silerio, Papa y mártir; Santa Florentina, virgen, y el beato Francisco, de la Compañía de Jesús.

SANTOS DE MAÑANA. San Luis Gonzaga y San Eusebio, Obispo.

## ULTIMA HORA.

### SENADO.

Después de abierta la sesión, los senadores carlistas y algunos otros piden conste su voto contrario a la proposición de ayer.

En seguida se lee el dictamen de la comisión que entiende en el proyecto autorizando a los pueblos para que liqueden el 80 por 100 de los valores que tengan en papel, siempre que lo dediquen a obras de utilidad pública.

Combate el dictamen el Sr. Herrero y le defiende Figuerola, que es autor del proyecto.

El Sr. Herrero al rectificar, dice que los pueblos no pueden hacer obras porque necesitan recursos para pagar.

Habla luego en contra el Sr. García Briz, y en pro el Sr. Montejó, y el Sr. De Pedro le combate diciendo es inútil el proyecto.

### CONGRESO.

El Sr. Martínez Izquierdo, Arcediano de Granada, defiende su enmienda al proyecto de mensaje, encaminada a que en este exprese el Congreso deseos de ver reintegrado el Sumo Pontífice en la plenitud de sus derechos de Soberano temporal.

El orador demuestra con un orden de ideas cuya elevación reconocen hasta los adversarios, la necesidad del poder temporal del Vicario de Jesucristo. Habla, por incidencia, de las órdenes monásticas, y se entretiene algunos instantes en probar la necesidad que de ellas tiene la Iglesia para sus empresas.

Sostiene con rigoroso razonamiento que al defender los católicos la libertad y la independencia del romano Pontífice, sostienen la libertad é independencia de su propia conciencia.

Mi conciencia, dice el orador se subleva ante la idea de que pueda enredarse en ella la diplomacia de Florencia cuando yo me dirija al Papa exponiendo mis dudas ó haciendo consultas para formar mi conciencia de cristiano y de sacerdote.

El Sr. Martínez Izquierdo pide que España ponga los medios que estén a su alcance para mejorar la situación del Padre común de los fieles, para que se le devuelvan sus dominios y con ellos la independencia material de que tanto ha menester.

El Gobierno de España, dice, está hoy especialmente obligado a hacer algo, porque ya que se ha ido al extranjero en busca de soluciones, es menester hacer comprender que esas soluciones no se han encontrado a trueque de transacciones que repugnan a la dignidad española.

El orador concluye haciendo algunas consideraciones importantes para excitar al Congreso a que apueste su enmienda.

Le contesta el Sr. Valera, individuo de la comisión.

Después de rectificar el Sr. Martínez Izquierdo, pide la palabra el Sr. Villdóla para una alusión personal, y declara que la minoría carlista de las Cortes Constituyentes presentó en unión del señor Bugallia una proposición acerca del despojo inícuo de que el Papa había sido objeto. Añade que por las peripecias ocurridas en el último período de dichas Cortes no fué apoyada dicha proposición.

El Sr. Bugallia, aludido también, dice que está conforme con la enmienda presentada por el señor Izquierdo y con las ideas emitidas en su apoyo, y que para probarlo va a tener el gusto de votarla.

En votación nominal es desechada por 127 votos contra 16.

El Sr. Vidal y Carli defiende una enmienda, y su discurso va encaminado a probar que el Gobierno de la revolución ha realizado de hecho la separación de la Iglesia y el Estado.

Sigue la crisis. Las necesidades de la Hacienda hacen dudar de que pueda aplazarse su solución hasta después de la discusión del mensaje.

El Sr. Moret no acude ya al ministerio que ha tenido a su cargo.

Corren diferentes rumores acerca de la crisis. Confirmando el de que el ministerio, resuelto a retirarse, hace gestiones para que se retiren las enmiendas presentadas, y abreviada la discusión pendiente sobre el mensaje, se pueda proceder a la elección de nuevo ministerio.

El Sr. Moret no cree conveniente permanecer en el ministerio hasta que se apruebe la contestación al discurso de la Corona: y en el caso de que insistiera en retirarse, se dice que el Sr. Ulloa se encargará de la cartera de Hacienda.

### DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

(De la Agencia Fabra.)

VERSALLLES, 19 (por la noche).—*Asamblea nacional*.—Se aprueba una proposición fijando reglas para la venta y fabricación de armas de guerra.

Se aprueba también otra proposición facilitando a los asacianos domiciliados en Francia el derecho de ser electores y elegidos en todas las elecciones.

El Sr. Julio Favre, contestando a una pregunta de un diputado, declara que el Gobierno deplora las dificultades que impiden el próximo regreso a la patria de los prisioneros franceses, y añade que el Gobierno hará todos los esfuerzos posibles para acelerar la vuelta de aquellos.

(RECIBIDOS A LAS SIETE DE LA TARDE.)

VERSALLLES, 20.—Una circular del ministro de Gracia y Justicia, declara que pedirá la dimisión a los magistrados que acepten candidaturas a la Asamblea.

Créese que la Asamblea aprobará hoy ó mañana la ley relativa al empréstito.

El manifestado de la izquierda republicana moderada ha recibido diez y seis nuevas adhesiones.

Anuncian los periódicos de París que han sido presos Regere y Vesinieres.

El Gobierno ha autorizado el restablecimiento de la telegrafía privada en el departamento del Seine oc Oise, si las líneas están suficientemente arregladas